

UNIVERSIDAD NACIONAL ANDRES BELLO  
3 5611 00070 7052

**II CONGRESO CHILENO  
DE ESTUDIOSOS DEL FOLKLORE**

17-19 VII 1989



*Donación  
Prof. Juan Estanislao Pérez*

**SECCION FOLKLORE  
SOCIEDAD CHILENA  
DE**

BIBLIOTECA  
CAMPUS  
VIÑA DEL MAR

**HISTORIA Y GEOGRAFIA**



**EDITOR MANUEL DANNEMANN**

**SANTIAGO, CHILE, 1991**

R00278

398.93  
5444c  
1991



## ACERCA DE LA APLICACION DE LA SOCIOCULTURA TRADICIONAL EN LA EDUCACION DEL NIÑO

*Prof. Juan Estanislao Pérez*

**Universidad Educares**

El objetivo fundamental que busca, en su verdadero y auténtico sentido, la acción que desarrolla el educador en el aula y que es trascendental por su implicancia en el comportamiento social, es despertar y desarrollar en el niño su sentimiento de identidad respecto de su propio medio, haciendo crecer en él, desde el conocimiento y comprensión de sí mismo, la relación dialógica con los otros miembros de su sistema socio-cultural, con la naturaleza, con el mundo y con Dios.

Es este un objetivo irrenunciable, porque el proceso educativo cumple cabalmente su función en cuanto instala al educando en la realidad que habita, y este estar instalado en la realidad, que se manifiesta desplegándose a través de las distintas y expresivas modalidades que hacen posible el habitar, y al que aspiran todos los hombres indiferenciadamente, acontece desde la identidad. Ella se constituye en el camino por el cual el niño transita hacia la realidad; es el vehículo que lo conduce a la comprensión de los códigos culturales que configuran la realidad en la que se halla inserto, vivenciándola, y que emergen de la conceptualización de las situaciones de mayor relevancia que ella ha experimentado y que la han llevado a constituirse y sostenerse como tal. Lo guía al descubri-

miento de los significados básicos de esos códigos y de las multivariadas modalidades que se originan en la relación hombre-medio, al mismo tiempo que lo impele a codificar la realidad desde su particular modo de experienciarla, sistematizando así las adquisiciones que surgen de la práctica social y sobre la cual se organiza la cotidianeidad.

La identidad colabora para que el niño desarrolle su percepción acerca de lo que es real; lo hace consciente de su ser social y lo conduce a un conocimiento más global y a una comprensión más efectiva de su multifacética realidad.

La identidad es la expresión abierta y pluridimensional por medio de la cual el hombre totaliza su experiencia del ser persona, su singularidad, su autonomía, su responsabilidad y su libertad. En la identidad el hombre explicita sus modos particulares y específicos de estar instalado en el mundo, con los otros y en los otros, asumiendo responsablemente los actos que origina creativamente.

El sentirse identificado implica experimentar una relación afectiva de pertenencia recíproca —noción planteada por Manuel Dannemann— con los otros en un universo determinado que se revela natural, socio-histórico y culturalmente. Desde la identidad surge el arraigo, estableciéndose entre ambos una sólida relación de interdependencia. El arraigo resulta ser la expresión más alta y fecunda de la identidad. Interpela al hombre para que se tome a sí mismo desde sí mismo y desde allí, desde su interioridad, haga más efectivo su modo de vivir social, que es, en última instancia, el único modo que lo humaniza por cuanto sólo es en la práctica de los comportamientos socioculturales comunitarios, en donde se produce el verdadero encuentro con los otros en la solidaridad y en el compartir.

Potencializa la capacidad del hombre para un eficiente desempeño social, transformándolo en actuante consciente y activador de su cultura en oposición al desarraigo en donde —por carecer de

identidad y, en consecuencia, de realidad—, el hombre se queda atrapado en el sujeto-objeto a la intemperie, orillando la realidad y de espaldas a ella. Desde el arraigo, en cambio, emerge el hombre humanizado, solidario, integrado, abierto al cambio y capaz de asumirlo de manera crítica, responsable y creativa. Surge el hombre que se compromete con los otros en los fines y objetivos que perfilan su comunidad. El hombre arraigado es futuro en sí mismo, porque es capaz de prometer y de comprometerse.

El arraigo conduce a la transformación del ser-dirigido en el ser-autodirigido; del ser-objeto en el ser-persona. La identidad, en cuanto arraigo, conduce a la libertad.

Ella evita la «precariedad del desamparo», en palabras de Fidel Sepúlveda, porque el hombre está instalado en su medio, apropiado de su entorno, sosteniendo un vital proceso nutricional de retroalimentación, y puede ampliar su horizonte en su permanente búsqueda por enriquecer sus modos de vida, integrando los aportes de la ciencia y de la tecnología moderna y elaborar una distinta modalidad de configurar el mundo, proyectarlo, vivenciarlo y evaluarlo desde una perspectiva más profunda, específicamente más humana.

Hacer más humano el mundo desde la comprensión del hombre y su relación con el medio, supone reorientar el proceso educativo para que considere selectivamente los objetivos y contenidos que configuran el medio natural y sociocultural tradicional, en el que se desenvuelve la vida del niño, para que éste los aplique en su proceso de aprendizaje con el fin de que emerja su sentimiento de identidad. Supone elaborar estrategias metodológicas adecuadas para que el proceso y sus contenidos tengan verdadero sentido en las estructuras y categorías propias del niño por sobre las del educador, estimulando su pensamiento divergente; supone facilitar el desarrollo de su imaginación, fuente originaria de la creatividad que es, a su vez, el ejercicio pleno y fecundo de la libertad; estimu-



lar la sensibilidad de sus sentidos y ampliar su dimensión afectiva, enriqueciéndola y proyectándola en la práctica del amor.

En otras palabras, supone transformar al niño, convirtiéndolo en el verdadero protagonista del proceso educativo; mientras que su medio —y especialmente su aspecto más distintivo, que es la sociocultura tradicional—, se transforma en los objetivos y contenidos de su proceso de aprendizaje.

En los objetivos y contenidos que articulan y fisonomizan su universo sociocultural tradicional, los educandos deberían descubrir las fases por las que ha transitado su comunidad en su humanización, además de los valores que subyacen en sus modelos y contenidos culturales. Ellos deben ser conquistados por los alumnos, conservados y acrecentados en acciones revitalizadoras, para que los orienten en la elaboración de propuestas creativas, que respondan a las exigencias que enfrentarán según las respectivas prioridades que vienen directamente ordenadas por su realidad. El niño crece en el transcurso de su proceso educativo en los comportamientos socioculturales que le son pertenecientes y respecto de los cuales conduce sus acciones; por eso es conveniente aplicarlos en su proceso de aprendizaje, posibilitando que el niño crezca emergiendo desde su propia originalidad.

Como resultado de las múltiples interacciones experienciales surgidas de los encuentros personales, y constituida en la instancia social en donde ocurre la humanización del hombre, la comunidad es básicamente educadora y todos los seres humanos logran experiencias educativas en su seno. El hombre se educa y se humaniza en la práctica de su ser - en - comunidad, exponiendo y compartiendo su existencia con los otros en el ámbito de una compleja red social con características distintivas. La comunidad muestra su dimensión educativa en los innumerables modelos pedagógicos que se observan, tanto implícita como explícitamente en su devenir cotidiano. Lamentablemente las diferentes propuestas educativas han desdeñado esta rica vertiente, tendiendo a la ruptura de la relación

identificadora que debería ser desarrollada y consolidada en el niño.

La consideración de las particularidades y especificidades del entorno físico-socio ambiental en el que vive el niño, es un factor de suma importancia de tener en cuenta en la elaboración y aplicación de un programa educativo, aún cuando este marco contextual sea distinto de aquél respecto del cual proceda el educador, evitando, a través de metodologías adecuadas, que se genere en ambos una concepción etnocentrista que interfiera el proceso de identidad.

El niño se encuentra sujeto a tensiones e interrogantes de un mundo que se le muestra en crisis, heterogéneo y hasta disímil. Es innegable que cada vez más, y por diversas razones y medios, se tiende a borrar fronteras para dar paso a la estandarización, buscando interiorizar en el niño modelos estereotipados y con contenidos ajenos a su realidad que apuntan directamente al desencuentro y, sin embargo, es innegable también que cada vez más, con más urgencia y con mayor fuerza, el hombre es convocado por su comunidad al encuentro y reafirmación de su identidad. La educadora Ester Precht ha señalado acertadamente que «mientras menos fronteras, más identidad necesita el hombre». Es un imperativo de la hora presente re-semantizar el espacio desde la cultura tradicional, aplicando correctamente sus contenidos en el proceso educativo, poniendo énfasis en alcanzar mayores niveles de humanización del hombre desde la identidad, rearticulando sus significaciones sociales.

La comunidad educa en el cumplimiento de su fin último que es la humanización del hombre y lo hace en el amor que es su pedagogía, desarrollando y acrecentando en él su ser en y para los otros; es decir, lo insta al despliegue expresional de sus sentimientos por sobre el fortalecimiento de su racionalidad porque ya lo sabe racional. En el ser en y para los otros el hombre se es para sí mismo.

La comunidad no educa para el éxito porque así se abre vías a la competencia y la competencia es, siguiendo a Humberto Maturana, la negación del otro; esto es, la invalidación del ser persona que es, en último término, un acto deshumanizador. La comunidad educa en la solidaridad, en el aceptar, acoger y en el compartir con el otro dentro de un contexto natural y socio-histórico cultural. Los ejemplos que la comunidad muestra al respecto, a través de marcos situacionales recurrentes, son innumerables, especialmente aquellos que se caracterizan por su tradicionalidad porque es en ellos en donde la especie ha producido los resultados más significativos de su experiencia en la práctica del amor. De aquí se deriva la importancia de la identidad y del rol que desempeña en la vida del hombre, y la necesidad de desarrollarla en su infancia y consolidarla.

En la humanización del hombre la comunidad se confirma a sí misma humana y humanizadora. El ser comunitario, el ser humano, se presencializa en el encuentro personal que se da en la comunicación dialógica que se suscita en el reconocimiento del otro.

Desde aquí se interpela al educador acerca de su compromiso con el desarrollo del proceso de identidad del niño.

Las propuestas curriculares que apuntan a la necesidad de considerar los contenidos del medio en la formación del niño, no ponen lo suficientemente de relieve lo que de específico tiene el entorno, aquello que hace posible diferenciarlo de otros, incluida la parte del ambiente natural propiamente tal y que constituye el soporte de un pensar propio de una cultura y sociedad determinadas. El medio que habita el niño se caracteriza por poseer una sociocultura tradicional —o cultura folklórica— que es el componente constitutivo básico de la sociocultura total que opera en la comunidad.

Es el registro de la experiencia humana en donde se ha codificado la relación dialógica, interactuante y revitalizante del hombre, estableciendo su vida individual y social. Es un potente factor

caracterizador de una comunidad humana, al mismo tiempo que su elemento más diferenciador respecto de otras.

Constituye el núcleo del sistema ideacional-conductual y fisonomiza la personalidad básica del grupo, proporcionando elementos que colaboran en la configuración perceptual, esto es, en el modo como se percibe la realidad y como se la ordena categorizándola, y a partir de lo cual se estructura y se organiza el medio. Es la materia prima con que se elaboran las innumerables realidades cuya concertada multiplicidad constituye el universo sociocultural tradicional.

La sociocultura tradicional es altamente identificatoria, distintiva y representativa del grupo social; tiene profunda significación existencial por cuanto configura su patrimonial cosmovisión con sus singulares modalidades y específicos rasgos culturales. Es un campo dinámico de creaciones y re-elaboraciones, generador de la vivencialidad social básica en donde se plasman, sedimentadas, las significaciones de más alta trascendencia que resultan de la experiencia humana.

De ello se deriva la comunitariedad de la cultura folklórica, el ser compartida, modelando gran parte de las actitudes y conductas de cada uno de los miembros que la tienen en común, y se deriva también el que se expresa en un tipo peculiar de comportamientos con un alto grado de cohesión social y de pertenencia recíproca. (Dannemann, págs. 31 - 35). En la comunidad prima una unidad interna que se traduce en la cohesión de sus miembros, originando en ellos su sentimiento de pertenencia, de adscripción y sujeción a las normas, creencias, actitudes y valores que conforman su sistema ideacional, el cual se sustenta en un «conocimiento intersubjetivo implícito —en palabras de Martinic— que ha circulado tradicionalmente en la comunidad».

Esta unidad interna, que liga a los miembros de la comunidad en el operar con contenidos folklóricos en marcos situacionales



recurrentes, tiene directa relación con el hecho de compartir, expresión del ser solidario, y que es, según H. Maturana, un atributo del linaje humano. El que la sociocultura tradicional tenga entre sus características el ser compartida, permite que los miembros que la integran mantengan una clase de vida que se origina y se conserva en ella gracias a procesos dinámicos de interacción y de reelaboración, cuyos fundamentos se hayan en la matriz sociocultural, haciendo posible que vivan en convivencia que es, a su vez, atributo de la comunidad. Cuando me refiero a la cultura folklórica o sociocultura tradicional, me estoy refiriendo, más específicamente, a la cultura de la convivencialidad.

La cultura folklórica, que es la realidad más valiosa del entorno, es un sistema valórico, cognitivo y productivo, que patentiza y singulariza a un grupo humano determinado que lo crea, y organiza sus modelos y contenidos usufructuándolos y re-elaborándolos permanente y dinámicamente, a partir de un proceso selectivo de sus vitales experiencias comunitarias.

La selección proviene de aquella dimensión humana que tiene relación con los valores esenciales de la especie, y es mediante el orden del sentimiento por el cual los hombres se integran, vinculándose a su medio. La relación de pertenencia emerge desde ese orden y es por eso básicamente afectiva. El folklore media en la vinculación dialógica del hombre con su entorno.

Esta cultura juega un rol importante e insoslayable en la etapa receptora-adquisitiva, característica distintiva del niño, que alude directamente al proceso de endoculturación, medular respecto del proceso de socialización, —según Camilleri—, y que se refiere al modo como se afilia a su entorno, acumulando experiencias tanto cognitivas como afectivas, que le brindarán la posibilidad de generar sus respuestas-opciones en su vida futura. Esta clase particular de cultura debería, en consecuencia, ocupar un lugar relevante en las propuestas curriculares, porque el niño llega al sistema educati-

vo formal en posesión de contenidos socioculturales tradicionales, los que acrecienta en su relación con los otros niños e incorpora otros contenidos, expresándolos constantemente, en particular en lo que respecta a la variada gama de juegos que atañen al folklore infantil.

El juego tradicional constituye un hecho situacional recurrente, a través del cual el niño se encamina hacia una vinculación más rica con el medio, incorporándose, en otro tiempo-espacio, a nuevos y más amplios círculos sociales en un proceso de endoculturación-socialización más efectivo. En la ejecución de los juegos tradicionales infantiles —en los que subyace una emoción primordial—, el niño experimenta hondamente un modo de vida comunitario. A través del juego re-semantiza el espacio y lo ambienta; ocurre la conversión del sitio en lugar, como lo expresa López Quintás, y acontece la presencialización del ser comunitario.

La participación activa del niño en los innumerables comportamientos socioculturales tradicionales que ocurren en su medio, le permite coger, seleccionar e internalizar elementos que, unidos a otros producidos por otras distintas vertientes, colaboran en la formación y predisposición de su percepción para vivenciar su realidad, enriqueciéndolo. Esto debe tenerse en cuenta porque durante el transcurso de sus estudios básicos, el niño se encuentra en una etapa de integración y organización de procesos de aprendizaje y experiencias, que están íntimamente relacionados con el proceso de desarrollo y afianzamiento de su sentimiento de identidad

Los contenidos de la cultura folklórica son paradigmáticos, por cuanto a través de ellos el niño aprehende el sistema de relaciones de los significados básicos de su medio y su decodificación, e interioriza además un sistema de patrones sociales. En los juegos folklóricos, por ejemplo, debe ceñirse a determinadas reglas que necesariamente tienen que ser respetadas, se debe elegir a quien va a iniciar el juego a través de fórmulas, se debe respetar el juego del otro, se debe cumplir penitencias, etc. Desde esta perspectiva los

juegos conforman marcos situacionales teñidos axiológicamente, que desprenden modelos para la vida social del niño, instándolo a desarrollar conductas sociales positivas. En el juego el niño aprende a conocer y aceptar el fracaso como parte de la vida. A través del juego el entorno se le revela unitario en su totalidad, y no parcializado y como simple escensario, resultado al que ha conducido en gran parte una educación avasallada por la tendencia racionalista objetivista, que se ha erigido como la única posible en la formación del niño, y que ha llevado de la mano a los educadores a establecer objetivos tecnológicos universales, estandarizados, verticalistas y unilaterales, que no han considerado ni al niño concreto ni a la realidad del medio en el que vive, desarraigándolo, encapsulándolo y estrechando su disponibilidad para la vida, produciendo el desencuentro que atenta en contra de su identidad, de su amor, de su humanización.

Entendiendo que la educación es un proceso intencionado, creo que es necesario y posible revertir esta situación, propiciando una educación que apunte más precisamente al desarrollo del sentimiento de identidad del niño, dada la trascendencia que ella tiene en el comportamiento social, teniendo presente fines, objetivos y contenidos de su sociocultura folklórica y aplicándolos en su proceso de aprendizaje; haciendo especial hincapié en que el uso aplicativo de los contenidos es un medio para despertar la identidad del niño y no un fin sí mismo. Así se colaborará más efectivamente para que conciba una vida restituída de significado, de vívida adhesión y fidelidad a los auténticos valores que preservan la especie, orientados hacia la conquista de una vida reivindicada y hecha íntegra en el amor.

Los educadores deberfan detenerse a examinar las enormes posibilidades que brindan en el ámbito de la aplicación los distintos contenidos folklóricos integradamente, y descubrir, crear y diseñar —con el propio educando— las metodologías que lo conduzcan, a

través de su experiencia, a un conocimiento más rico de su medio natural-cultural, valorándolo y adquiriendo conciencia acerca de la necesidad e importancia de su conservación, protección, y desarrollo, de acuerdo con los parámetros que maneja su comunidad, estimulando el crecimiento activo de su identidad.

Por la práctica de los diversos juegos y otras actividades tradicionales, conducirlo a desarrollar y estrechar sus relaciones con los otros, aprendiendo a respetar y ser respetado y a crecer en el ser persona en el ejercicio de su autonomía, de su responsabilidad y de su libertad sobre la base del marco axiológico. Que de los contextos socioculturales tradicionales extraiga los modos que los hombres tienen para expresar su solidaridad, su compartir, y los lleve a la práctica con sus compañeros.

Desarrollar y ampliar su capacidad para el afecto, haciéndose consciente que su humanización será plena en la medida que practique su amor. Propiciar el desarrollo y crecimiento de su fe aprovechando los modos expresionales de los comportamientos referidos a la religiosidad popular.

El niño puede adquirir y desarrollar su ser histórico a partir de su historia comunitaria, comprendiendo, apreciando e interpretando los hechos que desde esta perspectiva han configurado su comunidad. Informarse de las narraciones: leyendas, sucesos y casos, etc., por sus familiares y vecinos, aprovechando de reforzar su relación con los ancianos, su respeto y su cariño por ellos.

Aprender las operaciones aritméticas básicas y nociones de geometría, aplicando diversos juegos: *luche*, bolitas, salto del cordel, rondas, juego de avance y retroceso, confección de volantines; aplicando pesos: almud, etc., y medidas tradicionales: cuarta, jeme, puño, etc.

Desarrollar su lenguaje articulado con rimas de selección, trabalenguas, jerigonzas, poesías, etc.

Que identifique, relacione, analice e infiera, a través del juego de adivinanzas y otros.

Estimular su imaginación por medio de los mitos, cuentos, leyendas, romances, décimas, adivinanzas, juegos, etc.

Reforzar su coordinación neuromotora y la noción tempo-espacial en la práctica de los juegos, cantos y rondas tradicionales. Desarrollar su motricidad cogiendo, trasladando, amontonando cosas, objetos de diversos tamaños, formas y texturas; desgranando bayas, amasando, etc.

Desarrollar su habilidad manual y potenciar su capacidad creativa elaborando artesanía tradicional del medio, descubriendo y usando, por ejemplo, los tipos de telares que maneja su comunidad; conociendo y aprendiendo los diversos tratamientos relativos a la lana, etc.

Desarrollar y reforzar su habilidad rítmico-melódica con juegos, como por ej. el salto del cordel, la pelota; conocer y apreciar y recrear el repertorio musical, lírico y coreográfico paterno, a través de sus familiares y vecinos mayores; aprendiendo a interpretar y confeccionar instrumentos musicales con músicos de su localidad.

Aprovechar el conocimiento tradicional referido a la agricultura y aplicarlo, conocer en terreno la flora y fauna locales y regionales y los recursos naturales, aprendiendo de los miembros de su comunidad la importancia que tienen como parte del entorno. Conocer, a través de su familia, y por su propia experiencia, la medicina tradicional y el sistema de creencias. Aprender sobre el comportamiento climático en el saber que tradicionalmente maneja su comunidad.

Visitar y conocer las fábricas, las empresas, etc., que están relacionados con la economía que sustenta a su comunidad; conocer oficios y usar herramientas de trabajo.

Recorrer la localidad, tocando murallas, árboles, animales, etc; escuchando ruidos propios de los diversos trabajos, mirando, oliendo, conversando, preguntando; en suma, haciendo.

Tomar al niño hacia sí mismo, hacia la parte de su interioridad que es común y que comparte con los otros, y extraer desde allí y desde su propio medio, selectivamente, los contenidos correspondientes de los que es depositario y usufructuario dinámico, y ponerlos creativamente al servicio de su proceso de aprendizaje, aplicando nuevas estrategias metodológicas, es una tarea que está esperando al educador. Se busca revitalizar directamente su cultura y reforzar, además, la ineludible relación del niño con su entorno, y recién desde aquí, desde el conocimiento, valoración y revitalización de su propio medio, conducirlo al conocimiento, comprensión y aprecio de otros entornos, ampliando, a modo de círculos concéntricos, su universo referencial empírico.

Para conocer lo que de potencialidad posee un grupo humano y luego establecer un currículo que tienda a su desarrollo, es necesario conocer primero su cultura folklórica, que reclama un justo reconocimiento a partir de sus atributos y desde el rango distintivo de sus expresivas modalidades, y luego posibilitar que ella se exprese renovadamente en toda su vasta y fecunda dimensión, en cuanto proceso eficaz para los efectos de una educación que desee verdaderamente crear sólidos y fértiles lazos e interrelaciones entre los hombres y su medio.

## BIBLIOGRAFIA

CAMILLERI, CARMEL. *Antropología Cultural y Educación*, París, Oficina Internacional de Educación, UNESCO, 1985.

DANNEMANN, MANUEL. «El folklóre como cultura», *Revista Chilena de Humanidades*, No. 6 1984, pp. 29-37.

LOPEZ QUINTAS, ALFONSO. *Metodología Antropológica. Hacia un Estilo Integral de Pensar*, Palma de Mallorca, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 1975.

MARTINIC, SERGIO. «Saber Popular e Identidad», en *Saber Popular y educación en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Búsqueda - CEAAL, 1985.

MATURANA, HUMBERTO. *Lenguaje y Educación*, conferencia dada en el Instituto Profesional Educare, Sede Viña del Mar, 21 de junio, 1989.

PRECHT, ESTER. Intervención en la Primera Jornada del Consejo Directivo del instituto Profesional Educare Viña del Mar, 4-6 de mayo, 1989.

SEPULVEDA, FIDEL. «Materiales para una Estética del Entorno», *Revista Aisthesis* No 14, 1982, pp. 11-23.

SEPULVEDA, FIDEL. «Notas para una Estética del Folklore», *Revista Aisthesis* No 15, 1983, pp. 13-18.

SEPULVEDA, FIDEL. «Folklore y Cultura Regional. Una Aproximación Estética», *Revista Aisthesis* No 18, 1985, pp. 45-54.